

MANUEL TOUSSAINT, HISTORIADOR

P O R

C L E M E N T I N A D I A Z Y D E O V A N D O

EN el número de homenaje que *México y la Cultura* dedicó a la memoria de Manuel Toussaint, el más prestigiado de nuestros historiadores, Edmundo O'Gorman, señaló el valor y el sentido que para la historia mexicana tiene la copiosa obra de Toussaint.

“El hombre —dice O'Gorman— no puede rechazar impunemente su pasado. Por eso cumplida ya la misión política de la representación de los siglos virreinales como pura negatividad, no tardó en sentirse con creciente inquietud que la negación de un trozo tan decisivo de nuestra historia equivalía a una mutilación del ser histórico mexicano; que el acontecer colonial bueno o malo, era un elemento constitutivo de ese ser que, en fin, todo intento de edificar y fortalecer el naciente espíritu de nacionalidad sería vano sin la base de un reconocimiento integral del pasado. Y fue así como se presentó ante un grupo selecto de trabajadores del espíritu la premiosa y osada tarea de intentar la recuperación de nuestra historia. Pues bien, en Manuel Toussaint hemos de ver una de las contribuciones más eficaces, uno de los mayores éxitos de esta empresa.

“En efecto, con amor, con sabiduría y con dedicación Toussaint exploró la vertiente artística del pasado colonial, y en la extensa obra que nos ha dejado, no sólo supo cumplir el encargo de reivindicar para México el sentido positivo de ese pasado, colonial, sino que, al enmarcarlo, en el amplio cuadro de la historia general del arte, también supo revelar,

más allá de nuestras fronteras, la significación que tiene para la cultura universal.”¹

Estos tan excelentes párrafos de O’Gorman además de valorar de manera justa, tan sagaz, la obra de Toussaint, nos aclaran el motivo por el cual este crítico de arte colonial mexicano se dió entusiastamente a la tarea de recuperar un pasado al que se consideraba supersticioso “lastre e impedimento en el esplendoroso camino de la felicidad y de la prosperidad públicas”; lo hizo, porque era ante todas cosas un historiador, si bien con intereses artísticos y literarios. De este sentido profundo y auténtico de historiador le viene el insistir cuantas veces sea necesario, cuantas veces se presente la ocasión, en que los juicios ya referidos al arte o a la literatura tengan siempre una base documental que pueda corroborarse, que resista la crítica.

En aquel hermoso libro *Pátzcuaro* publicado en 1942, cuando urgido por la premura de entregar el manuscrito dentro del plazo señalado, nos cuenta cómo prefirió decidirse por la pequeña espera, para no precipitar un juicio, hasta estar plenamente seguro de las noticias que da a conocer, y hasta reunir la mayor cantidad de datos para que el panorama sea lo más completo posible y dar también una nueva interpretación a los documentos ya conocidos.

“El texto fue encomendado a quien esto escribe —decía Toussaint en el Prólogo—, pero al poner mano a la tarea graves problemas se presentaron, y además un conflicto espiritual engrandecía las dudas que el presunto autor tenía acerca de sus posibilidades para realizar el trabajo: el conjunto de dibujos logrado por los estudiantes de arquitectura ameritaba un texto muy superior a cuanto se había publicado hasta la fecha sobre la bella ciudad del lago; no era bastante reunir en unas cuantas páginas los lugares comunes que uno tras otro han repetido los que han escrito acerca de Pátzcuaro, además, investigaciones realizadas en el Archivo General de la Nación le habían hecho conocer documentos que no habían sido aprovechados. Los mismos documentos conocidos acerca de don Vasco de Quiroga no habían sido bien utilizados como quedó demostrado en el Congreso de Historia que se efectuó en Morelia en el propio mes de enero de 1940.

“De ahí que el autor se viese ante un implacable dilema: o improvisar un libro con las noticias que se tenían acerca de Pátzcuaro y en-

1 Suplemento de “Novedades”. México, 8 de enero de 1956.

tonces la obra saldría oportunamente, o completar las investigaciones iniciadas y dar un nuevo aspecto a la monografía, aunque su aparición se retrasase más de la cuenta.”²

Y al decidirse Toussaint por la última solución, la más acertada, la Monografía resultó una muestra ejemplar de este tipo de estudios: empieza por la historia de Pátzcuaro, desde antes de la Conquista hasta el siglo XIX. Estudia los monumentos de la ciudad, tal y como han llegado hasta nosotros; incluye también un estudio urbanístico; extiende su trabajo hasta las islas del lago y las poblaciones ribereñas y da al final en forma de apéndice, una serie de textos y documentos y una selecta bibliografía.

Y en el prólogo de uno de sus últimos libros, *La Catedral y las Iglesias de Puebla*, libro en donde podemos advertir sus métodos de trabajo, el camino a seguir por el investigador de arte, afirma:

“Debemos apurar nuestras investigaciones, recurrir a todas las fuentes, seguir la pista de los datos como sabuesos o detectives para acercarnos al ideal del historiador: que cada afirmación descansa sobre una base sólida; que cada juicio artístico lleve a su ampliación estilística por la confronta con ejemplares documentados y por el lugar que ocupa en el desarrollo de la plástica arquitectónica de Puebla. Así podremos decir, si no como disculpa al menos como explicación, que nuestros errores, que serán muchos, sin duda se deben en primer término a nuestra incapacidad, a que fallaron nuestras búsquedas, pero nunca a falta de esfuerzos por esclarecer la verdad.”³

Estas líneas en las cuales de modo tan preciso señala la labor del historiador del arte, del historiador a secas, junto con las que escribió en la Advertencia del magnífico libro *Planos de la Ciudad de México, siglos XVI y XVII*, deberían ser aprendidos, sabidos de memoria por los investigadores, por los arquitectos, por los ingenieros, por todos aquellos en cuyas manos está la gran responsabilidad de guardar la tradición y la belleza de nuestras ciudades, ya que con el conocimiento histórico no se habrían cometido tantos desaciertos, no habría tantos edificios que afean la ciudad de México. Todos los programas sobre urbanismo por perfectos que sean —afirma Toussaint— resultan inútiles si carecen de la previa investigación histórica:

2 *Pátzcuaro*. México. Imprenta Universitaria, 1942.

3 *La Catedral y las Iglesias de Puebla*. Editorial Porrúa. México, 1954.

“La adaptación de ciudades viejas a las necesidades de la vida moderna constituye un problema. Para la adaptación de estas ciudades y tomando como base la experiencia, hoy día ya muchas veces repetida, se han fijado programas determinados para las obras de urbanización, o más ampliamente dicho de planificación; que han de llevarse a cabo cimentadas en concienzudos estudios históricos, estadísticos y físicos. En estos programas el capítulo relativo a la historia, no sólo de la ciudad y sus detalles particulares, sino de la comarca, se considera previo, pues sólo conociendo la historia del lugar sobre el que se va a trabajar podrá hacerse una obra de buena calidad, que resista la crítica perdurable.”⁴

Estas ideas acerca de la investigación histórica fueron aplicadas por Toussaint con todo rigor a su crítica literaria, artística o histórica; ideas que le permitieron establecer en su *Arte Colonial en México* (1948) el método para el estudio del arte de la Colonia con sus divisiones cronológicas y estilísticas. Y como historiador del arte se significó dentro del panorama de estas actividades por su atención y su cuidado a la investigación histórica previa que realizó en el ato de papeles del Archivo General de la Nación, en otros archivos, en las bibliotecas o en los muchos libros que formaban su espléndida biblioteca, una de las mejores de México. Sus libros ostentan también una bien cuidada bibliografía. Estas preocupaciones no eran lo usual en la mayoría de los historiadores del arte, casi siempre descriptivos, sin interés por ahondar en los veneros de la época, llevaba tras de sí una amplia cultura, archivos y bibliotecas, por eso sus juicios como historiador son siempre atinados, aun los que no se refieren a su especialidad, razón por la cual es uno de los mejores historiadores del periodismo en México. En nuestra historia literaria no pueden dejar de mencionarse sus estudios sobre Sor Juana que lo hacen uno de los más señalados sorjuanistas; sus prólogos a varios clásicos mexicanos. Su empeño de investigador lo llevó a encontrar datos desconocidos, a descubrir nuevos poemas: *Poemas inéditos, desconocidos y muy raros de Sor Juana Inés de la Cruz* (1926). Y también nuevos aspectos para reconstruir la biografía de los literatos, tal el caso de fray Manuel Martínez de Navarrete que no era —según demostró Toussaint— tan seráfico como hasta entonces se había creído: algunas Clorilas, no meramente invención poética, sino de carne y hueso pasaron por su vida.

⁴ *Planos de la Ciudad de México, Siglos XVI y XVII*. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico, por Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Justino Fernández. México, 1938.

Inclusive en los estudios que realiza sobre pintura, además de los juicios críticos, hay en ellos la parte histórico-biográfica que es, en resumidas cuentas, uno de los puntos que más le interesaba esclarecer.

Entre los temas de historia mexicana, social y política, Toussaint se preocupó por la historia de la Colonia. Su libro *La Conquista de Pánuco* (1948) responde a esa preocupación. Aquí nos habla del método que debe seguirse para historiar la conquista de un país y al mismo tiempo se lanza contra la anticuada historia romántica, cuyo interés está en la exaltación heroica o en el acopio de datos sin que el historiador los relacione con los fenómenos sociales, religiosos y artísticos.

“Narrar simplemente batallas o escaramuzas, traiciones o hechos heroicos, es el concepto de la historia romántica. Para triunfar en este concurso por semejantes procedimientos bastaría, en un plan modesto, reproducir, remozándolo algo, el texto en que se narra la conquista de la Huasteca en la obra *México a través de los Siglos* o, en un plan más ambicioso traducir la parte relativa de la magnífica *Historia de México* de Bancroft, que contiene tal cantidad de detalles y una documentación histórica tan de primer orden que no puede negarse que es excelente dentro del criterio anticuado que mencionábamos.”

Una vez subrayados los vicios de la historia romántica, Toussaint con espíritu científico —la investigación y el documento— escribe *La Conquista de Pánuco*; marca la delimitación geográfica de la región; estudia al hombre huasteco en la historia, pero sin desdeñar la leyenda; la arqueología; la conquista y la cimentación de la cultura europea; el establecimiento de encomiendas; el sistema de tributo; la evangelización y las organizaciones religiosas que hubo en la Huasteca.

“Además —dice— hemos creído necesario ilustrar este trabajo con la reproducción de documentos que ayudan a comprender las diversas partes de la obra. Insertamos, por considerarlos casi inéditos, ya que en las obras en que se encuentran son inaccesibles, las Relaciones de Pánuco, Tampico y Huachinango, así como las de los pueblos de Pánuco. Formamos nóminas de conquistadores y de encomenderos, que no pretendemos, desde luego, sean completos, pero sí pueden servir de base para realizar otras que sí lo sean. Damos cuatro documentos originales acerca de Francisco de Garay sin los que es imposible conocer sus hechos. Damos, en fin, todo aquello que nos parece útil, no sólo para ilustrar nuestro trabajo, sino para orientar a nuevos investigadores.”⁵

5 Introducción a *La Conquista de Pánuco*. Edición de El Colegio Nacional. México, 1948.

Como puede verse en su abundantísima bibliografía, muchos fueron los temas históricos y de otra índole que Toussaint trató con espíritu de verdadero historiador, gracias a ese afán de investigación, de seguir en plan detectivesco al dato que trata de burlarnos, pudo como historiador, descubrir muchos detalles falsos de la historia de México, por ejemplo, la ubicación de la primera Universidad de México; o los errores que pueblan, por esa falta de base histórica, la crítica de arte mexicana, según estas sus agudas observaciones:

“En nuestro raquítico medio literario, la crítica no existe. Los autores de libros tienen que contentarse, y lo hacen gustosos, con dos o tres notas elogiosas que publican los amigos periodistas, a quienes han regalado sendos ejemplares de su obra. Crítica razonada, que justifique los elogios y las censuras, cuando alguien se atreve a censurar, no debe buscarse. De ahí que casi todos los libros sean tomados como buenos aunque afirmen lo que otro, precisamente, niega.

“Por lo que toca a la Historia del Arte, la cosa resulta peor: todo el mundo escribe sobre ese tema y hay cada artículo de revista, que nos deja fríos de espanto! El público los lee, o mira, las ilustraciones al menos, pero nunca se da cuenta de las ruedas de molino con que ha sido obligado a comulgar. Tenemos, por ejemplo, la obra *El Arte en Nueva España*, de don Francisco Diez Barroso, magnífica como edición y por sus láminas, pero pésima por su texto; pocos libros contienen tal cantidad de errores; sin embargo nadie lo sabe.

“No con el fin de hacer crítica destructora o de minucias, sino con mayor espíritu de justicia, voy a estudiar DOS LIBROS RECIENTEMENTE APARECIDOS, acerca de la Catedral de México. Sus autores desconocidos personalmente para mí, me merecen todo respeto y no ha de verse en mi crítica sino el deseo de buscar la verdad.”⁶

Cuánta razón asiste a Toussaint al juzgar esta crítica hinchada a fuerza de malabarismos, sin base firme de sustentación, en donde todo es mal arte de encantamiento, pero afortunadamente esta crítica está cada día más desprestigiada en México.

Y para evitar que los improvisados sigan diciendo desatinos, para ir despojando de errores la historia del arte mexicano propone, con motivo del XX aniversario de la fundación del Instituto de Investigaciones Estéticas (1954-1955), la publicación de una serie, *Estudios y Fuentes del*

6 *La Catedral de México y sus cronistas más recientes*. Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas. V. 1, 3, México, 1939.

Arte en México. Ya el título del primer volumen es bien revelador: *Documentos para la Historia de la Litografía en México*. Documentos recogidos por Edmundo O'Gorman en el Archivo General de la Nación y estudiados por Justino Fernández.

En las palabras que Toussaint escribe para la presentación de esta nueva serie, y casi como un testamento, encontramos ese constante afán por la historia documental que jamás dejó a un lado:

“Esta Institución ha considerado que nada puede ser mejor, como recuerdo conmemorativo, que la publicación de una pequeña biblioteca de estudios y documentos de arte mexicano.

“Dar a conocer documentos inéditos o casi ignorados por su rareza; poner al alcance de los estudiosos muchas fuentes literarias de nuestro arte y, al mismo tiempo, incrementar los trabajos con estudios sobre tópicos interesantes, tal es el propósito que anima esta serie, que seguirá apareciendo en el futuro como viviente remembranza de una fecha solemne.”⁷

La investigación, el acopio de documentos —aparato científico— que Toussaint como hemos visto consideraba imprescindible a todo historiador, a todo crítico, no empañó, sin embargo, su labor de historiógrafo; bien sabía que los documentos, sin la pasión, sin la emoción, sin la sensibilidad que el historiador pone en ellos para vivificarlos, no son otra cosa que muerta y vana erudición, que carecen de validez, de trascendencia. Pues la comprensión de la historia no puede en modo alguno quedar restringida a un documento, a la ficha del erudito, la historia para serlo necesita la interpretación; quien se queda en las plácidas y cómodas regiones del documento es sólo un narrador, un compilador de hechos, pero jamás un historiador.

La amplia cultura de Toussaint, el constante ejercicio de la literatura —su primera salida fue en el campo literario— le habían enseñado las muy estrechas relaciones que existen entre la historia y la literatura y que en todo verdadero historiador, hay un mucho de artista por lo mismo, sólo con sensibilidad, con sentido poético puede ser completada la investigación histórica.

Cierto sentido poético debe tener el historiador de arte, afirma en su ya citado libro *La Catedral y las Iglesias de Puebla*, “porque la arquitectura en su armonía necesaria, implica siempre un ritmo poético”.

⁷ Advertencia a *Documentos para la Historia de la Litografía en México*. Estudios y Fuentes del Arte en México. V. I. Imprenta Universitaria. México, 1955.

Pero también insiste, una vez más: “el crítico no debe dejarse deslumbrar por el juego poético, pues corre el riesgo de que sus apreciaciones se reduzcan a un conjunto de adjetivos, de juegos de palabras, de preciosismos literarios. Y que pueden llegar a su exageración al filo de lo cursi”.

Sin caer en estos defectos Toussaint nos dejó en *Pátzcuaro*, en *Paseos Coloniales*, en *Tasco*, en ese delicioso librito *Oaxaca*, para no citar otros muchos, una muestra de la historia del arte potenciada poéticamente.

Y así, junto a una jugosa investigación histórico-documental pone la gracia de las vicisitudes de un viaje; el deleite inmediato de comer unas frutas de la región que calman el hambre y la sed. La impresión de una ciudad hecha en prosa limpia, sencilla; no describiría mejor Oaxaca, el maestro Azorín:

“La Vieja Antequera se adormece bajo las caricias del calor incipiente. Se anuncia la primavera en la voluptuosidad de esta mañana, ensañadora. La primera impresión de Oaxaca es la de que el mundo ha disminuído de estatura o que ha aumentado el índice de la pesantez. Los edificios no alcanzan altura desmesurada; los portales que rodean la plaza son bajos y profundos, sus pilares macizos y alguno, en su esquina, presenta dos gruesos resaltos: es una esquina acorazada. Sólo las casas del barrio céntrico tienen dos pisos: las demás son bajas, de grandes muros y risueños interiores. Dominando este conjunto de edificios, atalaya y fortaleza, el templo de Santo Domingo se alza arrogante. Desde sus bóvedas se domina toda la población; poseyéndolo a él se posee a Oaxaca; por eso ha sido teatro de combates, centro de la resistencia, foco de las armas en las diversas guerras civiles. La catedral, rechoncha, no compite con Santo Domingo, las demás iglesias se esfuman: sólo él impera.”⁸

La bella descripción de una fachada, de un retablo, de una modesta capilla de nada sirve —continúa aconsejando— si no está hecha con una sólida base histórica:

“La suavidad del claroscuro en que la luz modela la piedra y el barro y la pátina, gran creadora de emociones plásticas, reviste de nobleza y añoranza de paramentos que logran que una poesía indefinible flote como ambiente en torno de estas masas, animando lo inerte, así se trate del suntuoso edificio de la Catedral o de la más modesta capilla. Resuenan en nosotros los acordes clásicos del Renacimiento, el gongorino retorcimiento barroco, hasta la melancolía romántica de principios del siglo XIX.

8 *Oaxaca*. México. Editorial Cultura. 1926.

“Pero todo esto sería inútil sin el conocimiento exacto, preciso, científico, hasta donde sea posible de la historia de cada monumento y de las expresiones estilísticas que cada uno ofrece y que corresponden a ese desarrollo histórico.”⁹

Y Toussaint, al aplicar el mismo criterio que regía para la historia, a las historias del arte y de la literatura nos demuestra que era siempre el historiador el que estaba en el fondo, con un sentido crítico depurador; también podemos advertir al través de su obra la amplitud de su criterio no sólo documental sino interpretativo y poético, cualidades todas que hacen al verdadero historiador.

⁹ *La Catedral y las Iglesias de Puebla*. Op. cit.